

Juan Jacinto  
Muñoz-Rengel

**LA CAPACIDAD DE AMAR  
DEL SEÑOR KÖNIGSBERG**

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juan Jacinto Muñoz Rengel, 2021  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1363-480-8  
Depósito legal: M. 16.710-2021  
Printed in Spain

*Para Ada y Valentina,  
mis pies en el mundo*



ESTA ES UNA HISTORIA BASADA EN HECHOS REALES.  
*Todas las fechas, lugares, circunstancias, incluso  
los nombres de los protagonistas cuando no han  
manifestado su oposición legal, son auténticos.  
La única ficción posible es la que se funda en la  
realidad.*



*Me enseñaron que el cerebro humano era el culmen de  
la evolución hasta el momento, pero creo que es un  
sistema muy pobre para la supervivencia.*

KURT VONNEGUT

*La selección natural es una fuerza siempre  
dispuesta a la acción.*

CHARLES DARWIN

*La pasividad de Bartleby a veces me irritaba.*

HERMAN MELVILLE





No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido. A pesar de lo que opinaran los demás, Paul Königsberg vivía cada minuto como si fuese el último hombre que quedara sobre la faz de la tierra.

Nadie se tomaba las cosas más en serio.

Las cosas así en general, cualquier cosa. Todas las cosas. Desde el número de veces que pasaba la cuchilla por cada sector de su rostro lampiño hasta la marca de su desodorante, que habían de traerle desde Europa por no haber encontrado ningún otro en el mercado nacional que no le irritara la piel. Se negaba a usar un desodorante de bola, siempre acompañado de pequeños tirones del vello que, al menos a él, se le antojaban insoportables; la mejor opción era sin duda el espray, pero por desgracia los aerosoles comunes, salvo su marca europea, aquella marca no, le abrasaban las axilas. Y, desde luego, para lo que ya no tenía edad era para ir a trabajar —como le ocurrió durante una semana en 1981 y durante toda la primavera de 1993— caminando por la calle con

los brazos extendidos del mismo modo que un aeroplano en tensión.

El señor Königsberg se levantaba siempre de noche. A las cinco y cinco de la madrugada. En todo caso, antes del alba en cualquiera de las estaciones del año: tenía mucho que hacer por delante. Debía masticar veinticuatro veces cada bocado del desayuno. Debía frotar en la ducha cada uno de los calculados sectores de su piel con la esponja exfoliante; diez círculos en la dirección de las agujas del reloj primero y después otros diez en el sentido contrario. Seguía el mismo método que utilizaba para limpiarse los dientes. Debía ponerse la camisa que había planchado la víspera, abrochando un botón con la derecha y otro con la izquierda, alternamente. Había de revisar sus zapatos; no le importaba que estuvieran viejos o gastados, o que mostraran algún agujero ocasional, pero era fundamental que relucieran siempre limpios, porque unos zapatos sucios eran señal de una conducta negligente y, lo que es peor, de una moral relajada. Tenía que fijar con precisión sus calcetines a los clips de sus ligas masculinas, para que luego no le dieran problemas escurriéndose hasta los tobillos en los momentos más inoportunos. Una pormenorizada rutina que se repetía cada día, paso por paso, antes de acabar enfundándose junto al perchero de la puerta su sombrero hongo.

Mientras afianzaba sus calcetines, la mayoría de las veces pensaba en columnas, en grandes columnas jónicas y acanaladas, cuyos imponentes fustes hacían

de pilares de la sociedad. Las pocas ocasiones en las que permitía a su mente distraerse, recordaba la época de su juventud, tantas décadas atrás, lo difícil que le era de adolescente conseguir que sus calcetas blancas de algodón permanecieran estiradas y arriba. Tenía que agacharse de continuo, una y otra vez se veía obligado a hincar la rodilla en el suelo para subírselas, provocando que los otros le propinaran cogotazos sin venir demasiado a cuento, tirones de orejas y capones en la coronilla. No podía reprocharles que no lo respetaran, ni siquiera se mostraba capaz de mantener sus prendas a raya como era debido. Ahora, por supuesto, la situación había cambiado. Ahora se había convertido en un pilar de la sociedad, considerado por todos.

Al señor Königsberg no le pesaba madrugar y aquellas pequeñas distracciones estaban contempladas en sus cálculos. Habían de estarlo, cada minuto importaba: una vez que superase el dintel de la entrada, cuando la ciudad comenzaba a desperezarse, todavía le restaría un largo recorrido a pie hasta su puesto de trabajo.

Para ganar tiempo, su abrigo y sombrero apenas perfilados por los primeros albos, limpiaría las gafas ante las señales en rojo de los semáforos. Era una tarea sencilla que le ayudaba a relajarse: treinta ligeras presiones circulares hacia la derecha con el pañuelo y otras treinta hacia la izquierda, en cada uno de los sectores de ambas lentes.

Aunque a otros les pudieran parecer las manías de un intransigente, muy al contrario, el señor Königsberg procuraba introducir siempre nuevas normas y variaciones que hicieran de su vida una aventura constante.

Su prioridad no era, por ejemplo, como sí lo era para la mayoría de las personas, llegar de un sitio a otro por el camino más corto. Una mañana podía decidir ir hasta su oficina en pleno Midtown cruzando el puente de Queensboro. Echaba a andar entonces desde su apartamento en el número 146 de Kent Street rumbo al norte, hacia Pulaski Bridge, recorría las desabridas calles de Long Island City y, una vez al otro lado, ya en la isla de Manhattan, buscaba la 59 y bajaba por la Primera Avenida. Sin embargo, si determinaba hacerlo así, al acabar la jornada no volvería por la misma ruta. En este caso, para regresar quizá escogiera el puente de Brooklyn, lo que le supondría descender por la Sexta Avenida y un trayecto de casi tres horas a pie. Y si al día siguiente optaba en cambio por el puente de Williamsburg para la ida, con probabili-

dad la vuelta la encaminaría hacia el puente de Manhattan.

En nada alteraba las circunstancias que hubiera amanecido congelada la superficie del East River o toda la Gran Manzana, o que en verano un sol implacable lo persiguiese por las avenidas sin sombras, cercándolo y angostándolo bajo la media esfera de su bombín. Tampoco importaba que una tarde se sintiera desfallecer tras las extenuantes horas de diligencias, expedientes y papeleo, o que aún lo esperase en casa una montaña de trabajo que resolver esa misma noche. Lo cierto es que el señor Königsberg nunca se trasladaba en coche, si bien mantenía vigente el permiso de conducir. El señor Königsberg nunca cruzaba el río en ferri ni utilizaba el metro, pese a disponer de una estación a la vuelta de la esquina. El señor Königsberg jamás se habría rebajado a llamar un taxi a gritos ni a subir a uno de aquellos pestilentes vehículos de estúpido color.

A pesar de que le costaba una media de cuatro horas y cuarenta y cinco minutos diarios, iba a todas partes caminando y nunca cruzaba el mismo puente dos veces seguidas.